

y obediencia á la voz del Supremo Pastor que vieron los siglos. No se puede menos de bendecir á Dios y entonar el himno de gracias á su omnipotente misericordia que hace siempre hacer el bien del mismo mal, cuando se recuerda al por tantos titulos grande Fenelon, subiendo al púlpito de su iglesia de Cambray

El doctor Arnauld tuvo por sucesor al P. Quesnel en el papado jansenista; y no hay que pensar que este título sea una invención de sus contrarios, sino que era realmente

LIBRO OCTOGESIMO-SEGUNDO.

Desde la renovación del quietismo en el año 1694, hasta el pontificado de Clemente XI en el de 1700.

En tan grande y de tan larga duracion el escándalo que causaba la desobediencia á las decisiones de la Iglesia, que, por decirlo así, no podia menos la divina Providencia de confundir á los seductores y á los rebeldes con algun ejemplar ruidoso y respetable de una conducta opuesta á la suya. Los nuevos discipulos de Molinos que, sin reconocerle por maestro, aparecieron en Francia á fines del siglo XVII, se hallaban, con respecto á la nota de heregia, en las mismas circunstancias que los de Jansenio. Las dos sectas habian sido igualmente condenadas por el Papa y por los obispos; y si habia alguna diferencia, consistia en que la condenacion del prelado flamenco se habia hecho con mas solemnidad que la del doctor aragonés, y en que se habia reiterado, reagravado y confirmado en todos modos. Veamos ahora qual fue la conducta de sus respectivos partidarios.

Los primeros vestigios del quietismo fran-

para anunciar á su pueblo la condenacion de una obra que le costara infinitos trabajos, sudores y disgustos, y anatematizarla él mismo con toda sinceridad, y mandar recoger escrupulosamente todos los ejemplares. Veamos ya como se verificaron estos admirables sucesos.

con el sistema de Bourdaille, que, segun sus propias palabras (2), abrió la puerta á todos los desórdenes; para con el de Cally, que destruyó la verdadera oracion interior, y redujo á un estado de torpeza y de ignorancia á los que se entregaron á ella.

estas se descubrieron en un libro del P. Lascombe, barnabita, intitulado: *Análisis de la oracion mental*, en el que no se puede menos de conocer el carácter del molinismo, aunque el autor no incurria en las abominaciones de Molinos. Este místico estremado tuvo una discipula que, muy en breve dejó atrás á su maestro, y desde la clase de su hija en Dios pasó en poco tiempo á ser su madre y su oráculo. Era esta madama Guyon, que tambien escribió libros, y publicó el *Medio breve y muy fácil de hacer oracion* y la *esplendicion del Cantar de los Cantares* etc. Luego que se imprimieron las obras del director y de la penitente, fueron condenadas por el arzobispo de Paris (1694), así porque ridiculizaban la piedad, haciendo comun la contemplacion aun para los niños de cuatro años, como porque se oponian á las verdades esenciales de la Religion y á la integridad de las costumbres que se fundan en ella. Aquellos contemplativos alu-

madama Guyon están por lo menos llenos de extravagancias. En cuanto á la Esplendicion del Apocalipsi, escollo famoso por tantos naufragios y que á ella no arredraron, su menor desbarro es hacer en él de profetisa. Allí cuenta unas visiones que no podrian referirse sin ofender el pudor. Sin embargo, protesta, sin que su conducta lo desmintiese jamás, que despues de esto tenia unos pensamientos tan puros como el cielo que se los inspiraba. A ejemplo de Santa Teresa, con quien la comparaba su director, escribió por obediencia la historia de su propia vida, en la que se encuentran nuevas revelaciones y nuevas impiedades; ó por mejor decir, nuevas extravagancias. Veia claramente lo mas oculto de los corazones y tenia sobre ellos, no menos que sobre los cuerpos, una autoridad milagrosa. «Lo que yo ate (decia) será atado, y lo que yo desate será desatado. Yo soy aquella piedra fijada por la Santa Cruz, y desechada por los arquitectos.» Habia llegado á tal grado de perfeccion, que no podia ya suplir á los Santos ni á la Santísima Virgen. Estaba tan llena de gracias para sí y para los demas, que á cada paso corria peligro de sofocarse. Era necesario desabrocharla prontamente, y si un dia no se hubiera hecho esto, habria muerto sin remedio. Sin embargo, el preservativo mas eficaz era sentarse en silencio á su lado, pues entonces quedaba libre con suavidad por medio de la abundancia de gracias que salian del depósito divino de su corazon; y sus acólitos, hijos de sabiduria, recibian de su madre la porcion de alimento que convenia á cada uno de ellos. Lo mas extraño y lo que debe parecer en el orden moral un fenómeno igual á los mayores prodigios del orden físico, es que esta mujer incomprendible, á pesar de unos escritos dictados en la apariencia por un libertinaje extraordinario, jamás dió el menor motivo para sospechar de sus buenas costumbres; y que por un prodigio aun menos comprensible,

cinados pretendian estar esentos de toda penitencia exterior, de todo ejercicio de piedad, de todas las reglas, y aun de todos los medios más á propósito para conseguir la salvacion. Pon grandes que sean estos desbarros, son nada en comparacion de lo que contenian los manuscritos de la nueva iluminada, y en particular el que se intitulaba *de los Torrentes*. En él enseña, que la llave de todo el interior es el abandono perfecto, que no reserva nada, ni muerte, ni vida, ni perfeccion, ni salvacion, ni paraíso, ni infierno: que el alma vale tan poco, que no merece que pasemos cuidado de si se perderá ó no se perderá: que Dios quita algunas veces al alma perfecta toda gracia, todo don, toda virtud, no como quiera, sino para siempre, del suerte que es un objeto de horror para todo el mundo: que la fidelidad de esta alma consiste entónces en dejarse anonadar y podrirse, sin hacer esfuerzos para evitar la corrupcion: que desde que empieza así á no sentir su infeccion y estar contenta con ella, sin esperanza ni arbitrio para verse libre de tal estado, empieza tambien el aniquilamiento, en el cual consiste la verdadera perfeccion: que en vez de horrorizarse de su estremada miseria, y temer como antes acercarse á la santa comunión, se presenta á recibirla como si fuese una mesa ordinaria; que no siente, antes bien se alegra mucho de que Dios no la mire, y de que conceda á otros todas sus gracias; en una palabra, que se pierde de tal modo en Dios, que no queda en ella remordimiento ni conciencia. No es esto mas que una pequeña parte de lo que contiene el libro *de los Torrentes*: abusariamos, sin duda de la paciencia de los lectores, si hiciésemos de él un extracto mas largo. Aquí tenemos el estado visible de una alma abandonada de Dios, entregada al desorden, y absolutamente endurecida en el pecado; y eso es lo que se presentaba como el estado mas sublime á que podia la gracia elevar á un alma. Los demas manuscritos de

madama Guyon están por lo menos llenos de extravagancias. En cuanto á la Esplendicion del Apocalipsi, escollo famoso por tantos naufragios y que á ella no arredraron, su menor desbarro es hacer en él de profetisa. Allí cuenta unas visiones que no podrian referirse sin ofender el pudor. Sin embargo, protesta, sin que su conducta lo desmintiese jamás, que despues de esto tenia unos pensamientos tan puros como el cielo que se los inspiraba. A ejemplo de Santa Teresa, con quien la comparaba su director, escribió por obediencia la historia de su propia vida, en la que se encuentran nuevas revelaciones y nuevas impiedades; ó por mejor decir, nuevas extravagancias. Veia claramente lo mas oculto de los corazones y tenia sobre ellos, no menos que sobre los cuerpos, una autoridad milagrosa. «Lo que yo ate (decia) será atado, y lo que yo desate será desatado. Yo soy aquella piedra fijada por la Santa Cruz, y desechada por los arquitectos.» Habia llegado á tal grado de perfeccion, que no podia ya suplir á los Santos ni á la Santísima Virgen. Estaba tan llena de gracias para sí y para los demas, que á cada paso corria peligro de sofocarse. Era necesario desabrocharla prontamente, y si un dia no se hubiera hecho esto, habria muerto sin remedio. Sin embargo, el preservativo mas eficaz era sentarse en silencio á su lado, pues entonces quedaba libre con suavidad por medio de la abundancia de gracias que salian del depósito divino de su corazon; y sus acólitos, hijos de sabiduria, recibian de su madre la porcion de alimento que convenia á cada uno de ellos. Lo mas extraño y lo que debe parecer en el orden moral un fenómeno igual á los mayores prodigios del orden físico, es que esta mujer incomprendible, á pesar de unos escritos dictados en la apariencia por un libertinaje extraordinario, jamás dió el menor motivo para sospechar de sus buenas costumbres; y que por un prodigio aun menos comprensible,

pero no menos indubitable, hubiese concebido y publicado tantas extravagancias, estando dotada de un ingenio y talento superior. Todos los que la conocieron aseguran que poseía estas prendas en alto grado, y que nadie hablaba mejor que ella de las cosas de piedad. El particular aprecio que hizo de ella uno de los hombres de mas ingenio y talento que ha tenido la Francia, forma aqui una prueba superior á toda escepcion. Los que la preconizaban de buena fé, y con dificultad abandonaron sus preocupaciones, la colocaban en el número de aquellos místicos verdaderamente hábiles, pero incapaces de instruir á los demas, y que pecan mas en las palabras que en las ideas. En efecto, todo el mundo se convenció con el tiempo de que esta muger era una ilusa, y que nunca habia pensado en engañar á nadie.

Por grande que fuése el mérito de los que estaban á su favor, no dejaba de ser sospechosa á otras personas muy celebradas (1). Teniendo ella noticia de estas sospechas, dió parte del cuidado en que estaba al abate Fenelon, en quien tenia una confianza particular, no siendo este la única persona de mérito y de distincion que la honraba con su amistad, pues lo mismo hacian los sugetos más ilustres y respetables de la corte de Luis XIV.

Juana María Bouvette de la Mothe (este era su primer nombre), hija de un caballero del Gatínés, y muger de Mr. Guyon, que tambien era de padres nobles, habiendo envidado á los veintidos años de edad, sin que la faltasen bienes de fortuna, teniendo bastante hermosura, mucha penetracion y un carácter amable, jamás quiso que se la hablase de segundas nupcias, y consagró á Dios todos los sentimientos de su corazón naturalmente tierno. Poco despues de la muerte de su marido, hizo un viage á Paris para tratar de los asuntos de su casa. Allí adquirió conocimientos, y

(1) Mem. hist. y dogm. t. 4, p. 25 y sig.

especialmente el de Mr. de Aranton, obispo de Ginebra, cuarto sucesor é imitador fiel de San Francisco de Sales. La propuso este prelado que se retirase á su diócesi para trabajar allí con algunas otras personas piadosas en la instruccion de las católicas nuevas. En efecto, tomó este partido despues de haberse despojado de sus bienes á favor de sus hijos, reservándose una pensión moderada; pero las distracciones inseparables del empleo de superiora que recayó en ella, la separaron pronto de aquel objeto, aunque ya era tarde, porque habia recibido las lecciones del P. La-Combe, director de la comunidad. Se retiró al convento de las ursulinas de Tonón, y despues de haberlas edificado algun tiempo con su amor á la oracion y al retiro, se fué á Grenoble á casa de una amiga, y luego á Vercelli, cuyo obispo, que la estimaba muy particularmente, la habia hecho muchas instancias para que pasase allá. En los seis años que empleó en estas varias residencias, donde estuvo casi siempre acompañada del P. La-Combe, compuso todas sus obras espirituales. En fin, siendo contrario á su complexion, y mucho más á su constitucion moral, el aire grueso de Vercelli, la aconsejaron los médicos que se restituyese á Francia, y volvió á Paris.

La habia precedido la fama de sus obras, y se tenian tantas sospechas contra ella, que la prendieron casi en el mismo instante en que llegó, y la pusieron en un convento. La examinó el arzobispo, é hizo que la examinasen muchas veces personas inteligentes. Descubrióse en ella tanta docilidad como inocencia; y como las religiosas confirmaban con admiracion todas sus virtudes, se empeñó á favor de ella con el rey madama de Maintenon, y logró que se la pusiese en libertad. De este modo sirvió la humillacion para ensalzarla mas, y la proporcionó una proteccion mas poderosa. La primera vez que estuvo en Paris, habia tratado á la duquesa de Bethune, señora de mucho talento y de gran piedad, en cuya casa se

reunian todas las personas recomendables por estas dos prendas, asi de la ciudad como de la corte. Allí contrajo una amistad íntima con los duques de Chevreuse y Beauvilliers, y especialmente con el abate Fenelon, que era entonces maestro de los hijos del rey de Francia. Fenelon, aquella alma tan pura y tan noble, aplaudia las ideas grandes que madama Guyon habia formado de Dios, y aun más el esclusivo amor que tenia al Ser infinitamente amable.

No obstante, se continuó desacreditando su doctrina, y se esparcieron contra su misma persona los rumores mas denigrativos. Se decia que el reino y la Iglesia estaban amenazados de una nueva secta, igual en abominaciones y en infamias á los antiguos gnósticos, y los que esparcian principalmente estos rumores, mostraban en ello todo el ardor que podia darles la esperanza de distraer por ese lado la vigilancia y actividad de que ellos eran objeto por parte de las dos potestades.

Para desvanecer si era posible estos clamores escandalosos, resolvió madama Guyon, aconsejada de Mr. de Fenelon, sujetar su método de orar y todos sus escritos al oráculo de la iglesia de Francia, el grande obispo de Meaux. Aceptó este prelado la comision, y le entregó dicha señora todas sus obras impresas y manuscritas. Júzguese cuál seria la admiracion de Bossuet, especialmente cuando leyó la Vida de aquella muger, escrita por ella misma, y se encontró con los delirios que hemos citado. No dudó ni un momento que padecía la ilusion mas lastimosa. En las conferencias que despues tuvo con él, confesó que era contrario á su modo de orar, el pedir alguna cosa á Dios, con cuyo motivo le prohibió que se acercase á los sacramentos; pero mostró tanta humildad y sumision, que no llegó á tener efecto esta providencia.

Entretanto pidió que Mr. de Noailles, entonces obispo de Chalons, hombre que pasaba por muy piadoso, y Tronson, superior gene-

ral de Ban Sulpicio, fuesen asociados al obispo de Meaux para la decision de los puntos en que se la acusaba de error. Además de estos fué tambien nombrado Mr. de Fenelon á instancias de madama de Maintenon. Sin duda los amigos de madama Guyon la dieron á entender, despues que eligió por juez al obispo de Meaux, que era imprudencia referirse únicamente en esta materia á un prelado que se habia declarado mas de una vez en pública Sorbona contra el puro amor, al cual trataba de quimera, porque estaba persuadido de que hay interés propio en todos los actos del corazón humano. El mismo obispo de Meaux, desde las primeras conferencias que para este nuevo exámen se tuvieron en Issi, cerca de Paris, confesó que estaba poco versado en las obras de los místicos, porque las circunstancias le habian precisado siempre á tratar del dogma y de las controversias: por lo que suplicó á Mr. de Fenelon, muy ejercitado en este género de estudio, que hiciese extractos de las obras de Guyon y los comunicase á la junta. Lo hizo con gusto el piadoso abad, no por defender dichas obras, sino por el celo con que miraba la verdadera espiritualidad, y por el temor que tenia de que padeciese algun detrimento.

Los examinadores fijaron desde luego los principios para aclarar la materia, para discernir la verdadera espiritualidad de la falsa, y para preservar de las ilusiones que deben detenerse en la práctica de la vida contemplativa. Examinaron despues los escritos de la acusada, en los que hallaron sin duda muchas cosas que reprender; pero satisfizo á todas las quejas con esplicaciones católicas de los parages mas reprehensibles, y sobre todo con un candor y una sumision que no dejaban duda acerca de la sinceridad de su fé. Decidieron, pues, que si habia pecado en las espresiones, era irreprehensible en la creencia, y sobre todo estaba muy distante de las abominaciones atribuidas á Molinos y á

sus discípulos. Quisieron luego reducir todas estas materias abstractas y difíciles á algunos artículos claros y terminantes que pudiesen confundir el error, sin perjudicar á los verdaderos principios de la vida contemplativa; pero hubo muchas dificultades y disputas, así acerca de la sustancia de las cosas, como en orden al modo de explicarlas, antes que pudiesen convenirse en arreglarlos.

Son en número de treinta y cuatro, y se reducen á decir que todos los fieles, de cualquier estado, están obligados á sostener el ejercicio de las virtudes teologales y hacer actos de ellas: á tener la fé explícita de las principales verdades del cristianismo: á desear y á pedir espresamente la salvacion eterna, el perdón de los pecados, la gracia para no volver á cometerlos, la fuerza contra las tentaciones, la perseverancia en el bien y el progreso en el camino de la perfeccion, la cual puede ir siempre en aumento: que nunca es licito estar indiferente en orden á la salvacion, ni á lo que tiene conexión con ella: que los actos mencionados no derogán á la mas alta perfeccion, y que para hacerlos no es necesario esperar una inspiracion particular, pues basta para esto la fé con el auxilio ordinario de la gracia: que en la oracion mas sublime, estos actos se comprenden verdaderamente en la caridad, pero en quanto esta anima todas las virtudes, y facilita su ejercicio, lejos de hacerlas inútiles: que habiendo sido practicadas por los Apóstoles y por los mayores Santos las reflexiones sobre sí mismos, sobre las operaciones interiores, sobre los dones del cielo y sobre el uso que de ellos se hace, deben ejecutar lo mismo todos los cristianos, aun los mas perfectos: que las mortificaciones exteriores convienen tambien á los fieles por sublime que sea la perfeccion á que hayan llegado, y que muchas veces les son necesarias: que la oracion perpétua no consiste en un acto único y perseverante sin interrupcion, sino en una disposicion habitual de hacer todo lo que

agrada á Dios, y de no hacer nada que le desagrade: que no hay mas tradiciones de autoridad cierta y constante, que las que son reconocidas por toda la Iglesia: que no debe reprobarse la oracion de simple presencia de Dios, de quietud ó descansó en Dios, ni las demas oraciones extraordinarias, aun pasivas, que son aprobadas por los mejores maestros de la vida interior; pero que sin ellas se puede llegar á ser muy santo, y no se debe fijar el estado de perfeccion en un género de oracion mas bien que en otro, ni el don de profecía ó el privilegio del apostolado en cierto y determinado grado de oracion y de perfeccion: que es un error peligroso escluir de la contemplacion los misterios de Jesucristo y las verdades comunes de la fé; y por último, que los caminos extraordinarios son muy raros, y están siempre sujetos al examen de los superiores eclesiásticos, y esto con tanto mas motivo quanto que en esta arte son muy temibles las ilusiones.

Habia cerca de ocho meses que duraba esta discusion, y todos esperaban su éxito con no menos impaciencia que curiosidad. En fin, la sentencia y los treinta y cuatro artículos fueron firmados por los comisionados á 10 de marzo de 1695, y dió tambien su firma Mr. de Fenelon, asido sus sabot stoña adib ogertag

Francisco de Salignac de la Motte Fenelon, acerca del cual la justa curiosidad del lector pide algunos pormenores, nació en el castillo de Fenelon, en Querci, de una casa antigua y distinguida en el Estado y en la Iglesia. Unas inclinaciones felices, un natural dulce, unido á una grande vivacidad de espíritu, fueron los presagios de sus virtudes y de sus talentos. El marqués de Fenelon, su tio, teniente general de los ejércitos del rey, hombre de un valor poco común, de un talento adornado de una piedad ejemplar, trató á este niño como á hijo propio, y le hizo educar á su vista en Cahors. El jóven Fenelon hizo rápidos progresos en todos los estudios mas difíciles

no fueron para él mas que divertimientos. Ya á la edad de diez y nueve años predicó, y lo hizo con extraordinaria satisfaccion de todos sus oyentes. Temiendo el marqués que el ruido de los aplausos y caricias del mundo rompiesen un alma tan bien nacida, hizo tomar á su sobrino la resolución de ir á fortificarse en el retiro y en el silencio, y le puso bajo la direccion del abate Tronson, superior de San Sulpicio en Paris. A los 24 años recibió las sagradas órdenes y desempeñó las funciones mas penosas del ministerio en la parroquia de San Sulpicio. Mr. de Harlai, arzobispo de Paris, le confió tres años despues la direccion de las *Novedades Católicas*. En este destino fué en el que hizo los primeros ensayos del talento de agrandar, de instruir y de persuadir. Informado de sus talentos el rey, le nombró jefe de una mision á las costas de Saintonge y en el pais de Anis. Sencillo á la vez y profundo, reuniendo á unos modales dulces una elocuencia varonil, tuvo la dicha de atraer á la verdad una multitud de extravíados. En 1689 le confió Luis XIV la educacion de sus nietos, los duques de Borgoña, de Anjou y de Berry. Esta eleccion fué tan aplaudida, que la academia de Angers lo propuso para asunto del premio que adjudica cada año. Sencillo con el duque de Borgoña, sublime con Bossuet, brillante con los cortesanos, era Fenelon deseado en todas partes. El duque de Borgoña llegó á ser bajo tal maestro todo lo que quiso. Fenelon adornó su espíritu, formó su corazón, y echó en él las semillas de la felicidad del imperio francés. Sus servicios no quedaron sin recompensa, pues en febrero de 1695 fué nombrado para el arzobispado de Cambray. Al dar las gracias al rey, le hizo presente, dice madama Sevigné, que él no podía mirar como una recompensa una gracia que le alejaba del duque de Borgoña. Sin embargo, no le aceptó, sino á condicion de que dedicaría solamente tres meses á los príncipes, y el resto del año á sus diócesanos. Al

mismo tiempo renunció la abadía de San Valero y su pequeño priorato, persuadido de que no podia conservar ningun beneficio con su arzobispado. Pero en medio del alto favor de que gozaba, se estaba formando una tempestad contra él. Nacido con un corazón tierno y un vivo deseo de amar á Dios por sí mismo, se habia relacionado con madama Guyon, en la que no veia mas que una alma poseida del mismo gusto que él. Las ideas de espiritualidad de esta muger habian escitado el celo de los teólogos, y sobre todo el de Bossuet. Este prelado quiso, sin embargo, consagrar á Fenelon, para manifestar al público que la diversidad de opiniones que se habia advertido entre ellos no habia alterado su union. Pero volvamos á madama Guyon.

Mientras duraban las conferencias, madama Guyon se habia retirado voluntariamente por seis meses á Meaux al convento de la Visitacion, donde solo trataba con dos religiosas de conocida prudencia, y con el confesor que la habia señalado el mismo obispo. El prelado la visitaba muchas veces durante las conferencias, la escribia cuando estaba ausente, y recibia contestaciones muy á menudo. En toda esta correspondencia no cesó de darle testimonios convincentes de la rectitud de su corazón, de una modestia incapaz de presuncion, y con demostraciones de confianza, y un deseo sincero de ser instruida por tan gran maestro. Luego que la presentaron la sentencia de los comisionados, la firmó sin ponerla menor objecion. Del mismo modo firmó las censuras que dieron de sus escritos los obispos de Châlons y de Meaux. Tambien hizo su acto de su mision, segun se le dictó este último; y solo se tomó la libertad de añadir que jamas habia tenido intencion de enseñar cosa alguna contraria al espíritu de la Iglesia católica, protestando que siempre habia estado y estaria sujeta á sus decisiones.

En vista de unas disposiciones tan edificantes, la dió el obispo de Meaux una certifi-

cación, en que aseguraba que de ningún modo estaba complicada en las abominaciones del molinismo, y que él se hallaba enteramente satisfecho de su conducta. Asimismo la superiora y las religiosas de la Visitación de Meaux la dieron otro certificado, en que decían que lejos de haber causado ningún disturbio en su casa, las había servido de mucha edificación con su conducta y sus conversaciones, en que se había echado de ver su gran paciencia y mortificación, afabilidad, humildad, sencillez y un extraordinario respeto á todas las cosas concernientes á la fe.

No preveía madama Guyon que autorizada y defendida con semejantes testimonios hubiese de padecer todavía nuevas agitaciones y tempestades; pero su sumision á la voz de los prelados había alejado de ella la confianza de muchos amigos de secta que deseaban y quizá habían esperado de ella otra cosa. Una docilidad tan ejemplar confundía su obstinacion bastante para que dejara de desagradarles, y por otra parte las alarmas de la corte con motivo del nuevo quietismo tenían distraída á esta de un modo que les era hasta favorable para que no procurasen continuara semejante estado de cosas. Como quiera que sea, apenas madama Guyon dejó el retiro de Meaux, resuelta á vivir igualmente retirada en cualquiera otra parte, la acusaron de que volvía á dogmatizar, y sin mas fundamento se la puso en una prision (1695), bien que no estuvo mucho tiempo privada de la libertad. Se la dió permiso para retirarse á Blois, pero antes de marchar exigió de ella un nuevo acto de sumision Mr. de Noailles, que acababa de pasar del obispado de Chalons al arzobispado de Paris. Le dió sin dificultad, y protestó que jamás había intentado enseñar ninguno de los errores que contenian sus escritos, ni imaginado que nadie pudiese interpretar sus máximas en mal sentido.

Por consiguiente, no se puede poner en duda la inocencia de esta muger singular, co-

mo ni tampoco la integridad de su fé ni la rectitud y pureza de su corazon. Tal fué en efecto la idea que formaron de ella el arzobispo de Paris y el obispo de Meaux. Estos prelados, que habían leído y releído los manuscritos en que se llama la muger en cinta, de que habla el Apocalipsi, la esposa preferida á la madre, y la fundadora de una nueva iglesia, no vieron en todo esto mas que un fanatismo de imaginacion, sin ninguna intencion de enseñar el error. Será pues extraño que se hubiese conciliado la estimacion de los que advertian en ella otras muchas cualidades verdaderamente apreciables? No obstante, veremos despues que un sentimiento tan digno de la generosidad y candor del arzobispo de Cambrai, se le atribuyó á delito.

Madama Guyon no se contentó con haber dado testimonio de su fé en el tiempo de sus tribulaciones, sino que le renovó muchos años despues, cuando ya no era necesario para su tranquilidad, y cuando solo miraba al justo Juez en cuya presencia iba á comparecer. Estando próxima á morir, puso al principio de su testamento la profesion de fé concebida en estos términos:

«Confieso que muero hija de la Iglesia católica, apostólica y romana: que nunca he querido apartarme de su doctrina; que desde que tuve perfecto uso de razon, he estado siempre pronta, á lo menos con la voluntad, á derramar por ella hasta la última gota de mi sangre, como lo he protestado constantemente en todas ocasiones, y lo he declarado y firmado siempre que ha sido necesario, habiendo sujetado en todo tiempo mis escritos y mis libros á la santa Iglesia, mi madre, á la cual estoy, he estado y estaré siempre, con la gracia de Dios, inviolablemente adicta, y la prestaré una obediencia ciega; no habiendo querido ni queriendo admitir mas doctrina que la suya, y condenando sin restriccion todo lo que ella condena, como lo he ejecutado siempre. Debo á la verdad y á mi propia justificacion,

protestar con juramento que se han dicho falsos testimonios contra mí, añadiendo palabras á mis escritos, y haciéndome decir y pensar lo que jamás he pensado, y de lo que estaba infinitamente remota; y que se ha añadido la falsedad á la calumnia, haciéndome interrogatorios capciosos, no queriendo creer las cosas que me justificaban, y alterando mis respuestas, poniendo lo que yo no decia, y suprimiendo los hechos verdaderos. Nada digo de lo demas, porque lo perdono todo y de todo corazon, y no quiero ni aun acordarme de ello.» Este documento es un nuevo enigma: no nos aventuraremos á dar su explicacion y menos aun á hacer la aplicacion de estas palabras; pero de aqui concluiremos que debe guardarse respecto de la acusada la misma reserva que respecto de los acusadores.

No fué madama Guyon la única persona de su tiempo que dió á entender en la época mas luminosa de un siglo tan justamente celebrado, que el entendimiento humano no estaba esento de los desbarros mas lastimosos. Por este mismo tiempo se suscitó en medio de Roma una sociedad entera de fanáticos, cuyos individuos se llamaron los caballeros del Apocalipsi. Su jefe, Agustin Gabring de Brescia, hacia que le llamasen unas veces el monarca de la Trinidad, y otras el principe del número septenario. Un domingo de Ramos que se hallaba en la iglesia al cantar la antifona *Quién es este Rey de gloria*, echó á correr con espada en mano hácia donde estaban los cantores, gritando que él era. Se le tuvo por loco, y se le encerró sin meter ruido, ni tratar de error ni de heregia. Entretanto los caballeros del Apocalipsi llegaban ya á ochenta, y llevaban en los vestidos y en las capas las armas de la orden, á saber, un baston y sable enlazados, una estrella y los nombres de los ángeles Miguel, Gabriel y Rafael. Decian que habían sido suscitados para defender la Iglesia contra los ataques del Anti-cristo, que

estaba pronto á hacerse adorar. Sostenian otros muchos principios subversivos, tanto mas peligrosos, cuanto procuraban acreditarlos con su celo en socorrer á todos los que padecian alguna necesidad. Despues de la prision de su jefe, un pobre leñador que había entrado por seduccion en la secta, reveló todo lo que sabia de sus misterios, fueron presos unos treinta de aquellos iluminados, y se disiparon todos los demas.

Dejó Roma que cayese por sí mismo este fanatismo; y mientras que otros delirios casi semejantes absorbian en Francia los momentos preciosos de los primeros prelados, fijó la atencion en dos obras francesas intituladas: *Devocion á la Santísima Virgen*, y *Año cristiano*; bien que hay que convenir en que no era muy de temer la seduccion, al menos por razon del estilo. El tratado de la Devocion á la Santísima Virgen, escrito por el señor Baillet, era muy parecido á sus demas obras. Este autor no discurre, y piensa poco; pero leia mucho, hurtaba sin cesar, compilaba, copiaba, amontonaba y se valia especialmente para ello de los repertorios de la novedad, en cuanto podia hacerlo sin esponerse mucho, captándose la benevolencia de los autores con los elogios que les prodigaba. Esta habilidad en hacerse valer suplía al mérito y proporcionaba á su libro pomposas aprobaciones que si bien muy rara vez están justificadas por el voto de las personas entendidas, siempre imponian y seducian á la muchedumbre de las ignorantes ó incautas.

El doctor Hideux, conocido por la multitud de aprobaciones que ha dado á obras malas, dice entre otras cosas, que «esta puede servir mucho para defender la Iglesia católica contra las falsas acusaciones de los supuestos reformados.» En verdad que habrian sido bien quisquillosos si todavia no estaban contentos. Tambien Bayle (1) dice que dicho autor trata

(1) Dicción. Ant. NESTORIO. B. del C., tomo XXI.—VIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VI,